

La labor del formador

José Manuel GARCÍA RAMOS

Cuando alguien asume como vocación y profesión de su vida la de ser formador, no deja de hacerse continuas preguntas sobre el mejor modo de llevarla a cabo, y en especial, sobre si está poniendo todo lo que está de su parte en implementarla de la mejor manera posible. En pocas tareas humanas se es tan consciente de que el grado de implicación del sujeto que forma nunca será suficiente para lograr del destinatario, el sujeto formado, lo mejor de sí mismo. Y en pocas tareas humanas se ve con tanta claridad la grandeza de un compromiso personal. Hay imágenes muy gráficas que ayudan a ejemplificar la grandeza de esta tarea, aunque nunca la reflejan plenamente. Es un ejemplo clásico el de comparar al formador, al educador, con un capitán de barco. En efecto, con el éxito reciente de la película *Titanic* todos hemos visto delante de nuestros ojos cómo en las manos de un capitán estaban las vidas de cientos de personas. Gran parte de ellos murieron en la que ha quedado como símbolo de las tragedias marinas, pero lo que inmediatamente el capitán tenía en sus manos era un barco, no a las personas. De todos modos, ayuda.

Pues bien, si cuando el mar está muy encrespado, el gran objetivo de un buen capitán es que la nao se mantenga a flote. En el mismo orden de cosas, el formador ha de luchar a brazo partido por salvar al alumno del problema concreto y parcial que le ahoga en un momento. Pero esto es un ideal muy pobre si lo llevamos al día a día, y por lo general, la vida de un niño, de un adolescente o joven no se reduce a una tormenta, ni es sólo entonces cuando necesita ser guiado. Seguramente entonces necesita sentirlo con más fuerza. El buen capitán, como el buen formador, es quién descubre las mejores rutas, logra los mejores tiempos de travesía, sabe sortear las tormentas y llegar a puerto conforme al plan trazado de antemano. Y como en las grandes naves, esto no se logra sólo con un buen plan inicial. Es un empeño de equipo, una coordinación de esfuerzos entre todos cuantos se relacionan con el formando: padres, profesores, tutores... Cuando pienso en la labor del formador estoy pensando

en la responsabilidad de todas estas personas. Cada una es capitán del barco que le ha tocado guiar, aunque el puerto de llegada es el mismo: la plena realización personal del formando. A lo largo de esta exposición¹ buscaremos esbozar los rasgos de la tarea formativa, vocación de cuantos se dedican vitalmente a ayudar a los jóvenes a encontrar el camino de la plena realización de sí mismos.

Articularemos nuestra aproximación al concepto de formador en torno a tres núcleos generales: veremos primero algunos de los síntomas generales del ambiente cultural que caracterizan al alumno que viene a nuestras aulas, para pasar en un segundo momento a analizar la figura del formador como quien tiene la misión de reaccionar frente a esos síntomas apoyado en el realismo antropológico que constituye el punto de partida de la pedagogía evangélica.

1. BREVE DESCRIPCIÓN DEL AMBIENTE CULTURAL

En una conocida revista de pensamiento y cultura se dedicaba el tema central del número de otoño a pensar en la universidad, sus problemas y soluciones. Ocho figuras de la universidad española esbozaban ahí su parecer². Si cualquiera de nosotros lee dichas relaciones creo que asentiría de buen grado. Sin embargo me parece que muchos también coincidirían conmigo en dos cosas: en que no son más que manifestaciones de una parte de la crisis de la universidad, y en que dichos síntomas no lo son sólo de una crisis de la universidad. Por tanto el problema y la solución real están más en el fondo. Hay problemas que afectan en España, sobre todo a la universidad pública de corte napoleónico, tales como la esclerosis de sus estructuras; otros, como la adecuación de medios prácticos y de teoría son más bien circunstanciales, del mismo modo que lo es la necesidad de un nuevo marco legal o el tema de la reforma de la forma de acceso. Nos parece que si nos despistamos en esos problemas, que merecen atención y solución, sin duda, puede sucedernos aquello que denunciaba Ortega y Gasset cuando analizaba el fenómeno de la crisis de la cultura: "que no sabemos lo que nos pasa: eso es lo que nos pasa". La radicalidad de la crisis formativa en la universidad habría que planteársela desde la siguiente pregun-

¹ Este artículo tiene su origen en una conferencia pronunciada en el I Curso de formadores del C.U. Francisco de Vitoria, y es heredera en gran parte de cuanto en ella se dijo, y sobre todo, del ambiente universitario para el que fue concebida. Las indicaciones generales pensamos que son válidas para cualquier nivel educativo, con las debidas precisiones y adaptaciones.

² Cfr. *El Ciervo*, septiembre-octubre 1999.

ta: ¿forma *íntegramente* a la persona la Universidad? Por muy diversos motivos es un debate que se elude afrontar en público y el que de veras nos interesa ahora. Como síntoma de lo que sucede en muchas aulas universitarias es gráfica una noticia que pude leer recientemente en la prensa³ y cuyo titular rezaba así: "Una empresa de EE.UU ofrece apuntes gratis por Internet". No se trataba simplemente de una página de éstas ya conocidas por muchos alumnos en las que se intercambian trabajos o notas más o menos generales. Se trata de una empresa en toda regla, organizada por un emprendedor licenciado de la Universidad de Tejas, de tan sólo 27 años, que ofrece servir los apuntes de clase a domicilio, gratis y con tan sólo 24 horas de demora. Este joven tejano ha creado una red de recogedores de datos que asisten a los principales cursos de 62 universidades estadounidenses. Al día siguiente, el resumen de la clase está en Internet a disposición de los alumnos que previamente se hayan inscrito al servicio. De este modo cualquiera que quiera disponer de los apuntes de cientos de cursos puede acceder a ellos pagando una cantidad relativamente asequible.

Más interesantes aún que la propia iniciativa empresarial eran, creemos, las reacciones de algunos profesores tal y como se recogían en el texto de la información. Así un profesor de la universidad de Virginia decía con claro sentido autocrítico: "Si un estudiante puede cumplir las exigencias de un curso desde casa con este sistema, eso significa que ese curso debería ser distribuido en un libro. No haría falta tener a nadie de pie echando una perorata que al parecer se supone que es la misma año tras año". Otros se han apuntado al clavo ardiendo del recurso legal, y alegan que "ofrecer versiones sin mi permiso y sin mi control, y posiblemente con errores, del material educativo que he preparado para un determinado contexto intelectual me parece algo potencialmente ilegal. La universidad debería plantear alguna acción legal contra ello".

La noticia no es más que la versión en la web de cuanto sucede en muchas de las aulas de nuestras universidades, cuando alumnos que no van a clase pero que fotocopian los apuntes de un alumno aplicado, son capaces de obtener calificaciones idénticas o mejores que las de quienes asisten a las lecciones. Si esto es posible, y lo es, ¿no será porque hemos reducido la labor formativa de la universidad a la labor instructiva o de mera transmisión más o menos memorística de contenidos?

³ *El País*, 18 de octubre de 1999.

Esta anécdota remite a la categoría de la crisis cultural, la crisis de la modernidad: hay un concepto de racionalidad que ha fracasado rotundamente y se resiste a abandonar el status alcanzado como único criterio válido de certeza. Son muchos y muy valiosos los estudios que en las últimas décadas, sobre todo, se han dedicado a este fenómeno. Destacaremos aquí los rasgos que consideramos relevantes en orden al modo de concebir la labor formativa.

A nadie se le escapa que la universidad surge como fenómeno cultural en un ambiente claramente cristiano y en el que el saber no se contempla como un medio ordenado inmediatamente a la praxis, sino como la forma mejor de cultivar el espíritu, y en consecuencia de ordenar el mundo en función del ser humano. En su origen, universidad (lo universal) y cultura (cultivo) van íntimamente ligados, son manifestación de una misma inquietud: el conocimiento y acceso a la Verdad, a Dios y el conjunto de la Creación. Tras la ruptura cultural que se produce en la Modernidad los discursos y esquemas subyacentes a la sociedad, a la cultura y a la ciencia se van separando paulatinamente.

Un ejemplo concreto puede mostrar esta escisión quizá con más claridad que un largo discurso abstracto. Basta comprobar cómo la sección de "cultura" de cualquier periódico diario de difusión nacional suele ir unida con la de "espectáculos", mientras que la dedicada a la "ciencia" merece un suplemento aparte, o si acaso un hueco dentro de las páginas de "sociedad", pues los periódicos cuentan con que lo relevante para el público suele ser, además la utilidad práctica de los últimos descubrimientos, lo que además implica la reducción de la ciencia a la técnica sin distinción nítida. Lo mismo sucede si cogemos un suplemento o revista cultural: suele hablar de libros, música, pintura, teatro, e incluso cine, pero es raro que incluya la ciencia. En el caso del suplemento *El Cultural*, el esfuerzo por incluir la ciencia y la reflexión de los científicos va reñido con el resto de los libros, se incluyen separados de los demás, y van siempre acompañados de nuevos ingenios técnicos aparecidos en el mercado. Hemos llegado al punto más radical de la escisión moderna: desde que en el siglo XVIII Luis XIV fundara en Montpellier la "Academia de las Ciencias y las Letras", parece ser que un científico no será un letrado, ni un letrado un científico.

Esta escisión entre ciencia y cultura supone además la separación más radical en el punto de vista desde el que se considera el mundo. En efecto, la reducción de la ciencia a lo empírico, a las categorías del espacio-tiempo como garantía de objetividad y neutralidad, ha provocado dos cosas: por un lado, que

el saber haya renunciado a lo universal como objetivo, y por otro, que la cultura o el arte, como ha sucedido en nuestro siglo, sean los paradigmas de la ausencia de paradigmas, esto es, de lo subjetivo entendido como arbitrario, de la no-norma como ideal estético.

Es conocida por muchos la anécdota del físico Alan Sokal, –que luego narró en un curioso libro– quien harto de algunas imposturas intelectuales⁴ envió a una revista muy postmoderna un artículo titulado "*transgredir las fronteras: hacia una hermenéutica transformativa de la gravitación cuántica*", que fue enseguida publicado por esa revista, paradigma de la revolución y el escepticismo. Enseguida el físico desveló en otra publicación la tomadura de pelo de su texto como ejemplo de la ausencia de criterio de muchos discursos actuales, incluso supuestamente científicos...

En todo esto se desvelan como síntomas de esa crisis a la que hemos aludido: la separación entre ciencias y letras, el enfrentamiento entre singular y universal, la insistencia en el fragmento sobre la totalidad... Falta, a nuestro entender, un último rasgo que prueba esta crisis progresiva de la que ahora vemos los últimos, esperamos, ramalazos: la oposición entre teoría y práctica. Cuando un conocimiento tiene valor en función de su utilidad inmediata y no por lo que como tal conocimiento supone de profundización en la contemplación de la verdad de lo real, y por tanto, de elevación de la capacidad especulativa del ser humano, tenemos el mayor enfrentamiento o escisión entre saber y cultura, que es lo mismo que decir entre universidad y formación. El problema al que se enfrenta hoy un formador, por tanto, es serio, ya que por un lado ha de detectarlo en su propia forma de pensar –pues es raro que alguien sea inmune hoy a esas separaciones–, y por otro, tenemos que atajarlo en unos alumnos que respiran, como cualquiera, este esquema por los cuatro costados.

No es más que una síntesis apenas esbozada. Algunos apuntes sobre este análisis podéis encontrarlos en muchos textos, empezando por la famosa conferencia de Husserl *La filosofía en la crisis de la humanidad europea*, pronunciada en 1935⁵, en pleno período de entreguerras, y con plena vigencia

⁴ A. Sokal, *Imposturas intelectuales*, Barcelona, 1998.

⁵ Edmund Husserl, *La filosofía como ciencia estricta*, Buenos Aires, Editorial Nova.

más de sesenta años después. Por la agudeza de los análisis resulta ilustrativo el ensayo del fenomenólogo francés Michel Henry, *La barbarie*⁶, quien, aunque por el título ya se ve que no es muy optimista en cuanto a la situación, desmenuza con gran acierto los elementos del diagnóstico.

2. EL REALISMO ANTROPOLÓGICO

Este análisis no puede suponer para el formador un motivo de desaliento, sino ante todo, un "reto". Siguiendo con la imagen náutica del inicio de este escrito, esta crisis no creo que sea un iceberg ante el que vaya a chocar el *Titanic* de la universidad sin remedio. Todo lo contrario. Quien de verdad ha asumido ser formador como una vocación a la que entregar su vida, es precisamente alguien que sabe de dificultades y de empeños decididos. Quien busca formar ya sabía que, en definitiva, no se iba a limitar a impartir más o menos horas de una asignatura, sino que ha de reintegrar los saberes, la ciencia, la cultura en la unidad que es el propio ser humano, entendido como un todo y no como compartimentos estancos.

El catedrático Eudaldo Forment expresa este cambio de mentalidad desde la articulación clásica de los trascendentales del ser: "con la sustitución de la Verdad por la verificación, la Bondad por la Utilidad, y la Belleza por la sensualidad, y podría añadirse, de la Unidad, posibilitadora de toda multiplicidad, por la fragmentariedad, discontinuidad, localismo y disenso postmodernos, la cultura actual no puede cumplir adecuadamente su función esencial de promocionar al hombre. La cultura ya no le ayuda en su desarrollo en orden a su perfección ni alcanzar así la felicidad"⁷.

Por tanto, si el esbozo de los síntomas que hemos apuntado es cierto, y la gran crisis de la universidad es la de la ruptura cultural en la que vivimos inmersos, que es la ruptura del sujeto, el formador es precisamente, quien ha buscado en sí mismo y busca para los demás, y en especial en aquellos a los que se dirige su trabajo más inmediato, la armonía vital entre su preparación académica, su diseño vital y su servicio a la sociedad y a la cultura en la que vive.

⁶ Michel Henry, *La barbarie*, Madrid, 1996.

⁷ "El profesor católico del siglo XXII", en *Espíritu*, XLVI (1997), p. 205.

Evidentemente hay especificidades distintas según la tarea concreta que el formador realice, sea padre, tutor, profesor u orientador profesional. Pero sólo en el cómo, no el qué. Por eso queremos esbozar ahora los rasgos fundamentales de esta labor formativa. Algunos de estos elementos se inspiran en el texto *Enseñar, Educar, Formar*, del Padre Marcial Maciel, fundador de la congregación de los *Legionarios de Cristo* y del Movimiento de Apostolado *Regnum Christi*, promotores del Centro Universitario Francisco de Vitoria y, en consecuencia, del ideario pedagógico que los anima. En dicho texto él explica los principios pedagógicos generales que han de inspirar las instituciones educativas nacidas a la luz del carisma propio de esta Congregación.

Consideramos que la formación se articula en tres momentos: por un lado el punto de partida que justifica el empeño formativo, por otro el modo en que se considera a la persona a la que se dirige la formación, el formando, y por último los rasgos principales de la misma.

El punto de partida de la tarea formativa no puede ser otro que el realismo antropológico y pedagógico, como es el caso de todas las instituciones católicas⁸. Este realismo no es una virtud de los cristianos, en el sentido de que nosotros nos hayamos empeñado en alcanzarla, sino un punto clave del Evangelio. Desde la misma predicación de Cristo queda claro que su misión no fue salvar a la humanidad en abstracto, al colectivo como hoy se dice con un concepto claramente ideológico y despersonalizador, sino redimir *a cada hombre*. Podemos recordar a este propósito, por ejemplo, el más que significativo capítulo 15 del evangelio de San Lucas, en el que se narran tres parábolas que responden a la murmuración de los fariseos "fijaos en éste, acoge a los pecadores y come con ellos". Un escándalo para la categoría de "los elegidos" que manejaban algunos israelitas, y que curiosamente subyace en las interpretaciones del cristianismo surgidas durante la Modernidad, cuando el calvinismo introduce el concepto de "predestinación" y rompe así el realismo antropológico.

Las tres parábolas son: la oveja perdida, la dracma perdida, el hijo pródigo. Al pastor no le importa el rebaño en cuanto tal, el colectivo, sino cada uno, cada oveja, y sobre todo, quien más lo necesita, la oveja perdida o débil que

⁸ "La educación cristiana comprende todo el ámbito de la vida humana, la sensible y la espiritual, la intelectual y la moral, la individual, la doméstica y la civil, no para disminuirla o recortarla, sino para elevarla, regularla y perfeccionarla según los ejemplos y la doctrina de Jesucristo". (Pío XI, *Divini Illius Magistri*, n° 81).

se separa del grupo. Éste es el realismo antropológico del Evangelio. En términos teológicos el Vaticano II lo ha expresado diciendo que "el hombre es el camino de la Iglesia". No formamos en abstracto, sino en concreto y a seres humanos concretos. La afirmación más radical en este sentido la hace Juan Pablo II cuando señala que la moral cristiana no es un "ideal" que luego ha de ser adaptado o concretado en los distintos momentos históricos o según las circunstancias más o menos adversas. "*Sólo en el misterio de la Redención de Cristo están las posibilidades «concretas» del hombre*"⁹. Y por tanto, cuando piensa en la tarea formativa, el católico no está pensando en utopías, sino en las exigencias concretas de la vida según Cristo.

El realismo antropológico supone, además, no olvidar que el ser humano no es perfecto, sino que, como recordaba el Concilio Vaticano II, los desgarros que sufría el mundo moderno no eran más que las manifestaciones externas (gravísimas, sin duda, pero exteriorización en definitiva) del desgarró más íntimo, el del corazón humano: "como enfermo y pecador, no raramente hace lo que no quiere y deja de hacer lo que querría llevar a cabo. Por ello siente en sí mismo la división, que tantas y tan graves discordias provoca en la sociedad"¹⁰. En definitiva, lo que el hombre es no agota, ni por asomo, sus posibilidades. El hombre ha sido redimido por Cristo y en él se encuentra "la clave, el centro y el fin de toda la historia humana"¹¹. No es casualidad, por tanto, que la Constitución *Gaudium et Spes*, la que se suele calificar como texto más innovador y atrevido del Vaticano II, y en la que se esboza el diseño pastoral de la Iglesia para los años venideros, dedique su primer capítulo a la antropología¹².

La diferencia radical entre el modelo educativo católico y cualquier otro modelo no viene dada por la diferencia de medios, ni de complejidades técnicas, ni siquiera por el debate ideológico. La vieja discusión entre naturaleza y gracia tiene en este caso una reedición: las posibilidades concretas del hombre, aquello que el formador busca en el formando, no pueden encerrarse en el estrecho ámbito de las miras naturales. La realidad cristiana es, gracias a Dios, otra más amplia y más real: la certeza de la salvación obrada en Cristo hace

⁹ *Veritatis Splendor*, n. 103.

¹⁰ *Gaudium et Spes*, n. 10.

¹¹ *Ibid.*

¹² *Gaudium et Spes*, cap. I: la dignidad de la persona humana (nn. 12-22).

que las posibilidades abiertas por Cristo sean más reales, más humanas. No son un añadido más, interesante sin duda, pero anexo. Para el cristiano la verdadera ontología incluye como categoría central la gracia: por ella se ha iniciado ya la restauración de todo en Cristo. Razón de más para que empecemos por ahí la tarea formativa¹³.

Es por ello por lo que el Papa señala claramente que el secreto formativo de la Iglesia "encuentra su punto de apoyo no tanto en los enunciados doctrinales y en las exhortaciones pastorales a la vigilancia, cuanto en *tener la 'mirada' fija en el Señor Jesús*". Formar es conducir al hombre a la verdad sobre sí mismo, facilitar el acceso a la solución del único problema que todo sujeto humano ansía solucionar: el del sentido de su vida. Ya en la encíclica *Redemptor Hominis*, su encíclica programática, lo expresaba así: "El cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas, y particularmente en la nuestra, es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el Misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la profundidad de la Redención, que se realiza en Cristo Jesús. Al mismo tiempo, se toca también la más profunda obra del hombre, la esfera –queremos decir– de los corazones humanos, de las conciencias humanas y de las vicisitudes humanas"¹⁴.

Antes de pasar a ver las repercusiones que este realismo antropológico tiene en el modo en que hemos de considerar al alumno se impone alguna aclaración. No es preciso ser el mejor católico del mundo para contar con este punto de partida. Precisamente este realismo nos hace conscientes de que no somos nosotros los que formamos, ni los que tenemos que haber logrado el ideal para que otros lo alcancen. El formador no es el modelo al que ha de dirigirse el formando. Cada uno, formador y formando, tiene que descubrir en sí mismo el único Ideal posible y que es a la vez, el único que va a lograr la máxima perfección de que es capaz. Éste es un itinerario, un quehacer constante para todos. Es un punto de partida, no de llegada. Así, por ejemplo, un profesor de

¹³ A este propósito, por ejemplo, es muy ilustrativa la cita de la *Divini Illius Magistri* en la que Pío XI deja claro que no es lo mismo el "realismo" que el "naturalismo" ya desde el mismo punto de partida antropológico: "Por esta razón es falso todo naturalismo pedagógico que de cualquier modo excluya o merme la formación sobrenatural cristiana en la instrucción de la juventud; y es erróneo todo método de educación que se funde, total o parcialmente, en la negación o en el olvido del pecado original y de la gracia, y por consiguiente, sobre las solas fuerzas de la naturaleza humana" (nº 45).

¹⁴ Juan Pablo II, *Redemptor Hominis*, nº 10.

estadística, por pensar en una asignatura en apariencia poco vinculada con la perfección humana y personal, puede sentir que la mencionada relación entre naturaleza y gracia no va con él. No es así. Si lo cree –o en algún momento lo ha creído– está cayendo ya en la ruptura o separación entre saber o ciencia y cultura. Si recordamos lo dicho al analizar los caracteres de la ruptura contemporánea de la ciencia y la cultura, apuntábamos que el gran problema de los saberes modernos es el de haberse constituido en autosuficientes y en los detentadores de la verdad, cuando no son más que aspectos parciales capaces de verificar algo, pero no de explicar global y radicalmente el mundo. Realista será, por tanto en este aspecto que hemos cogido en el ejemplo, quien reconozca el sitio que ocupa su parcela dentro del conjunto del saber y al servicio de la genuina cultura.

Este realismo antropológico, que es nuestro punto de partida, nos llevará a considerar al formando de una manera muy particular. En concreto, sólo apuntaremos un aspecto: el formador debe mostrarse abierto a todos, no puede hacer acepción de personas, discriminación, ni positiva, ni negativa. Es muy fácil que nos influyan los estereotipos, etiquetas o prejuicios. Tampoco podemos aglutinarlos sin más en un todo difuso y homogéneo: no hay juventud en general, sino que "existen jóvenes singulares que no tienen un patrón unificador", y hemos de esforzarnos por diluir el concepto de "conflicto generacional" a favor del de "cooperación generacional".

3. LA FIGURA DEL FORMADOR

Por tanto, la labor formativa que, partiendo del realismo antropológico y dirigida a todos nuestros alumnos por igual, se sintetiza en cuatro elementos o rasgos que identifican al formador.

En primer lugar, ser formador es una vocación, es un servicio a los demás. Nadie entrega su tiempo como formador porque eso le reporte un beneficio económico, ni porque le sobre tiempo, ni por *hobby*, ni por coleccionar bases de datos. Ningún formador se considera tal si no es porque ha percibido que su trabajo es una de las más claras profesiones vocacionales de cuantas existen. Dejando a un lado la vocación religiosa o sacerdotal, cuya naturaleza es evidentemente distinta de cualquier otra, podemos asegurar que la de formador es la dedicación más sublime y desinteresada de que es capaz el ser humano. Y precisamente por lo que se apuntaba al hablar del realismo antropológico: porque nos preocupa el hombre en su integridad, y no sólo una parte del mismo,

un aspecto. El médico, por ejemplo, se ocupa de la salud, el político –hablamos siempre de dedicaciones que se suponen vocacionales– del bienestar social, etcétera. El formador no puede reducirse a una parte sólo, sirve a la persona íntegramente.

Hay un libro titulado *Huid del escepticismo*¹⁵, que lleva como subtítulo el siguiente: "una educación liberal como si la verdad contara para algo". De una manera muy sencilla y coloquial, el autor expone su experiencia en un campus de una universidad norteamericana en la que los profesores, precisamente, entienden su labor como un servicio formativo. Es el punto de partida para que los síntomas de la crisis de nuestra sociedad o de la cultura expuestos al inicio sean superados por los alumnos.

El formador, en segundo lugar, además de ver su labor como un servicio, busca la armonía vital entre su preparación académica, su diseño vital y su servicio a la sociedad y a la cultura en la que vive. Es decir, el formador busca enseñar. Transmitir la duda o el escepticismo no es formativo. Todo lo contrario, hunde más en el infantilismo de la ignorancia o del relativismo que impide el crecimiento en la madurez y en la libertad, o de la misma ciencia como se ponía de manifiesto en el ejemplo citado del físico Sokal. El modo más adecuado de transmitir estos conocimientos puede ser objeto de diversas discusiones y, necesariamente, ha de adaptarse a las circunstancias psíquicas y sociales del alumno. El conocimiento de la verdad no tiene por qué ser dogmáticamente transmitido. No deben confundirse ambos extremos. El conocimiento de la verdad es un proceso que debe seguir cada sujeto. Pero que el camino sea personal y que la forma depende del lugar al que se dirija no puede suponer el desprecio del itinerario, esto es la negación de la verdad. El trabajo intelectual no significa nunca que una persona acabe con un caos de teorías en la cabeza. Si esto sucede, no se ha contribuido a su formación.

Además de enseñar, tercer rasgo, el formador ha de ser maestro, es decir, busca ayudar al diseño vital de la persona. La inteligencia no puede estar separada de la vida. Pensar que hay ciencias independientes de la sabiduría es uno de los más crasos errores de nuestro ambiente, de esa crisis cultural a la que aludíamos. Esto supone que en teoría podemos contar con esclavos muy bien formados en lo técnico, pero que nunca nadie les ha hecho plantearse cuál es el fin de su vida y de lo que hacen. En la práctica esto es difícil, porque

¹⁵ Christopher Derrick, *Huid del escepticismo*, Madrid, 1982.

el impulso interior del hombre es lo suficientemente fuerte como para que antes o después surja la pregunta por el sentido de la vida. Pero no cabe duda de que en el ambiente actual, cuantos más estímulos externos bombardean al sujeto, más difícil es que se despierten las inquietudes internas. No se puede enseñar la verdad sin ser maestro de ella, sin hacer ver que la verdad no es teórica, sino también práctica. La escisión entre teoría y práctica es hija, lo apuntábamos al inicio, de la escisión entre ciencia y cultura. ¿Es posible un desarrollo científico en contra del hombre? Claro, desde el momento en que hemos convenido que la ciencia es un saber sólo verificable, pero no por eso verdadero, esto es, respetuoso con la verdad que el hombre es. Ser maestro, por tanto, es ayudar a integrar medios y fines, a armonizar teoría y práctica. Esto supone que el formador conoce bien a cada uno de sus formandos, que los motiva, que se interesa por ellos. En definitiva, que no tiene de ellos un conocimiento teórico (nombre y apellidos con el DNI), sino real, vivo.

Por último, el formador ayuda a integrar esos conocimientos y esta actitud vital en el compromiso del alumno con su profesión, con la sociedad. El formador, por ello, es también un guía. En la felicitación navideña que dirigió en 1998 el Padre Maciel a los profesores del C.U. Francisco de Vitoria expresaba esta idea: "vuestra misión cada día se hace más imprescindible, pues la sociedad, muy avanzada en la tecnología, va perdiendo la conciencia de la dignidad humana. Es una gran verdad que se repite constantemente: cada vez que el hombre se aleja de Dios, y del proyecto que Él ha trazado, remueve los cimientos más profundos de su propia identidad y pierde la correcta apreciación de sí mismo. Por ello podemos decir que una crisis de los valores cristianos, como la que ahora estamos viviendo, tiene como consecuencia una "crisis humana"¹⁶.

3. CONCLUSIÓN

El empeño formativo, apoyado en ese realismo antropológico y animado por ese anhelo transformador, debe hacer que el formador ayude al alumno a descubrir "experiencias esencialmente humanas": aquéllas constituidas tanto por la dinámica sensible como por la dinámica psíquica y la intelectual y que por su complejidad nos ponen en relación directa con el conjunto de la realidad,

¹⁶ M. Maciel (carta del 22 de diciembre de 1998).

no sólo con aspectos parciales de la misma, y sobre todo, que establecen un contacto directo con la persona humana y captan su identidad específica. No podemos reducir ni el modo de la experiencia ni el objeto de la misma. La formación no puede ser ni sólo intelectual, ni sólo afectiva, ni sólo deportiva, ni sólo espiritual, ni podemos limitarnos sólo a teorías, o sólo a prácticas. Según nuestra misión concreta privilegiaremos un aspecto u otro, pero nunca separado de los demás. Ésa es la formación integral.

El *Ideario y Proyecto Educativos* del Centro Universitario Francisco de Vitoria esbozan esta labor que hemos desentrañado y tratado de fundamentar en estas líneas. En los epígrafes titulados "el diálogo fe-cultura", "la integración de saberes", "la búsqueda de la verdad" o "la aspiración a la universalidad del saber" se esbozan pautas de trabajo intelectual, espiritual y humano claves para la misma. Pero sobre todo, un formador católico conviene que recuerde –siguiendo el símil marinero con el que abríamos estas reflexiones– dos cosas: primera, que la grandeza de ayudar a una persona a conocerse a sí mismo es incomparable a ninguna otra cosa en la vida, como recoge magistralmente, por ejemplo, el texto de la oda a la alegría de la novena sinfonía de Beethoven¹⁷, y segunda, que la única garantía de que llegará a buen puerto tras la travesía que supone la formación de cada alumno es, lo que el Papa llama el "secreto" formativo de la obra cultural de la Iglesia¹⁸: "*Tener la mirada fija en el Señor Jesús*".

¹⁷ "Quien haya alcanzado la fortuna de poseer la amistad de un amigo, (...) una su júbilo al nuestro. Sí, quien pueda llamar suya aunque sólo sea a un alma sobre la faz de la Tierra. (...) Todos los seres beben la alegría en el seno de la naturaleza, (...)

¿No vislumbra, oh mundo, a tu Creador?

¡Búscalo sobre la bóveda estrellada!

Hermanos, sobre la bóveda estrellada tiene que vivir un Padre amoroso".

¹⁸ Cfr. *Veritatis Splendor*, n. 85.